

cometían mil rarezas y ridioteces. Los Parmesanos, habiendo hecho prisioneros á muchos de Reggio, los devolvieron la libertad con una mitra en la cabeza, un palo en la mano y dando un bofetón á cada uno segun iban saliendo de la cárcel. Los Cremoneses, habiendo hecho prisioneros á los Parmesanos, no les devolvieron la libertad sino despues de haberles quitado los calzones, que colgaron en la catedral de aquella poblacion. Los Milanese condujeron á la plaza á los prisioneros de Padua, y atándoles á la espalda un haz de paja, le prendieron fuego y les hicieron huir. Arnulfo, arzobispo milanés, despues de haber obligado á la ciudad de Asti á que se rindiese, puso por condicion que el obispo y el marques fuesen á tres millas de Milan y tomasen este un perro y aquel un códice á la espalda y fuesen descalzos á San Ambrosio. Otras veces les cortaban las orejas, les sacaban los dientes, les enviaban montados al revés en asnos, ó se cometían otros ultrajes peores. Los Boloñeses metieron en Módena, cuando estaban sitiándola, un asno con las herraduras de plata; cuando los Florentinos sitiaban á Siena, arrojaban dentro asnos é inmundicia: los Luqueses, cerca de Asciano, á tres millas de Pisa, pusieron espejos en la torre mas alta para que los Pisanos se mirasen desde su casa: Castruccio, apoderándose de Florencia, hizo celebrar en sus muros tres juegos de carreras de caballos, de peones y de meretrices. Otras veces se llevaba á beber á los caballos bajo los muros del enemigo y allí se cortaba un árbol.

« El botín (dice Ricotti) apenas aumentaba los otros estímulos que les impulsaban á verter sangre. Allí el caballo y las armas del enemigo vencido pertenecían sin restriccion al vencedor; allá no solo el caballo sino tambien el hombre; en Bolonia y Florencia el Comun hacia suyos los prisioneros de guerra, mediante cierta indemnizacion al que los habia cogido (1). Con este objeto, en la Trevisana, el precio del soldado de caballería estaba establecido en 11 francos y el del infante en 10; á los escuderos y donceles se les dejaba libres sin exigir nada, y los arqueros perdian las armas y el equipaje (2). Cuando el Comun no compraba á los prisioneros, tenían que esperar en cárceles particulares la muerte ó el rescate, y se disponia de ellos segun los tiempos y los países. Aquel siglo miró sin estremecerse vender los prisioneros de guerra en pública subasta como su fueran un rebaño (3). Si en algun punto se les permitía comer, vestirse y dormir al precio ordinario de 40 dineros por soldado de caballe-

(1) Cien francos por un soldado de caballería y 100 sueldos por otro de infantería en Bolonia; 40 francos y 100 sueldos respectivamente y 3 francos por un hombre de la ciudad y de la comarca en Florencia. De aquí puede deducirse el grado de estimacion de la caballería y de la infantería. Savioli, A. A., 1239, 1243, 1250, doc. 643. *Libro di Monteperti*.

(2) Verci, *Hist. de los Eccelinos*, doc. 82.

(3) ALBERT. MUSSAY, *Hist. Aug.* l. XV, Rub. 14. — BONIFACIO DE MERANO, *Chron. Mutin.* p. 110.

ría y de 15 por el de infantería, en otros la rabia del enemigo y la avaricia del comerciante se unian para hacerles daño. Muchas veces en medio de la inmundicia, de la fetidez, de los cadáveres de los compañeros, y de los tormentos del hambre y del insomnio (narramos cosas ciertas), la crueldad buscaba aun á sus víctimas para colgarlas por el cuello ó extenderlas en el potro; y con frecuencia aquel á quien la piedad de algun pariente ó la magnanimidad de un enemigo habian dado un poco de pan, tenia que esconderlo en las vísceras del compañero muerto para ocultarlo á la vista de los activos carceleros (1).

### § 37. GUERRA DE MONTEPERTI.

En el archivo de las Reformaciones de Florencia existe un códice en pergamino, en que está anotado dia por dia lo que se dispuso é hizo respecto de la guerra de la güelfa Florencia con la gibelina Siena en el año de 1259 hasta la batalla.

Que á todo el Arbia coloró de rojo (2).

Ricotti hizo un extracto de él, del cual tomamos muchos de los detalles importantes para dar idea de la táctica y de la estrategia de entónces.

Disgustada Florencia con los Sieneses que recibían á sus desterrados é intrigaban con Manfredó, rey de Sicilia, declaró guerra á Siena, y luego habiendo colocado á la puerta de Santa María la campana del gran carro, mandó tocarla durante el dia y la noche, pidió auxilio á las ciudades amigas y aliadas y se dedicó á proveer al ejército.

Comenzóse por entregar la suprema direccion de la guerra al podestá Jacobino Rangoni de Módena, y encargarle de todo en union de los doce capitanes del ejército, elegidos dos por compañía. Se determinó que en nombre del podestá se enviasen las cartas, se expidiesen las órdenes y se moviesen las tropas; que de los doce capitanes unos fuesen con él al campo y otros quedasen en la ciudad; que acompañasen al podestá ademas algunos de sus caballeros, jueces y donceles, aquellos para ayudarle á despachar los negocios y decidir las contiendas del campo, y estos para ejecutar sus órdenes.

Posteriormente fueron elegidos por los capitanes del ejército unidos con los ancianos dos capitanes para la caballería de cada compañía, un gonfalonero, dos consejeros y dos constrictores, tanto de la caballería como de los escuderos y ballesteros de todas las compañías. El oficio de los constrictores era el de tener bien dispuestas las filas y estimular á los soldados desde atras á que mostrasen valor. Eligieron

(1) Cron. Parm. p. 777 (en *Rer. It. Ser. t. IX*).

(2) Malespini, *Cron.* c. 71: G. Villani, VI, 80; Marchionne da Coppo, II, 123; Bindaccio de Cerchi, *Batalla de Monteperti*: todas en Ricotti, *Compañías aventureras*, p. 4, de quien sacamos estas circunstancias.

tambien para todas las compañías un abanderado de las paradas para arreglar los alojamientos; para cada dos compañías un abanderado del mercado con dos ayudantes ó coadjutores y un notario; y el abanderado del gasto con un ayudante. Siguió luego el nombramiento de cuatro abanderados de los maestros, es decir, el de los azadones, el de las sierras y hachas, el de los picos y el de las azadas y las palas. Despues se crearon el capitán y el abanderado de los alojamientos y el portaestandarte del equipaje con doce constrictores. Posteriormente se destinaron algunos oficiales con dos procuradores y dos notarios para el arreglo de las palas y azadones, seis para las ballestas, tres para los paveses, siete para hacer elegir á los portaestandartes del país y velar por la custodia de los campamentos, dos para el transporte de las ruedas, de los martillos, de los yunques y de las demas herramientas de la maestranza, tres para las acémilas, seis con dos notarios para los víveres y cuatro tambien con dos notarios para las sacas.

Antes habian sido comisionados con los respectivos nuncios algunos ciudadanos para la distribucion del pan y algunos otros con el título de señores supérstites para cada una de las banderas del mercado. Á los oficiales encargados de las sacas se les señaló un mulo para llevar sus tiendas, dos á los herreros, cuatro al podestá, uno á los donceles y otro á los encargados de la campana. Debía haber cuatro sirvientes con los ciudadanos nombrados para comprar pan y llevarlo de la ciudad á los alojamientos; otros tenían el encargo de ensacarlo y otros el de recibirlo y distribuirlo á la tropa. Había tambien encargados de las escalas y de las máquinas; comisionados en varios puntos para adquirir víveres; magistrados para hacer y ensanchar los caminos, y administradores para manejar y custodiar el dinero. Para el cuidado de los heridos y enfermos habian sido elegidos tres cirujanos, de los cuales uno era tambien médico.

Mientras tanto se trabajaba para reunir el ejército. Algunos oficiales estaban encargados de señalar á cada compañía sus escuderos, arqueros y ballesteros. Dos ciudadanos con un notario y un mariscal revistaban y apuntaban las personas y caballos de los soldados. Se señaló á estos cierto estipendio por espacio de cuatro meses, mandando que se les entregasen en el acto dos mesadas; que tuviesen derecho á todo el botín ademas de pagarles los caballos muertos ó estropeados; que pudiesen hacer con los prisioneros lo que les pareciese, vendiéndolos, conservándolos, cambiándolos con el enemigo ó cediéndolos al Comun de Florencia por un precio establecido. Ordenóse asimismo que se tomasen á sueldo con iguales condiciones cuatrocientos arqueros ó infantes de Módena y de la Romanía, divididos en pelotones de cincuenta, cada uno al mando de un condestable y dos capitanes.

Ademas dentro de la ciudad se habia hecho requisa de caballos con arreglo á los haberes; el caballo del que no podia servir por su edad ó por sus enfermedades, despues de tasado é inscrito con su pelo y señales, se entregaba al pariente ú otra persona apta para las armas que aquel presentaba en su lugar. Todos los súbditos y ciudadanos de quince á sesenta años habian sido llamados; y excepto en el caso en que los que faltasen estuviesen ocupados en otro servicio público ó tuviesen especial exencion, estaban libres de una fuerte multa y castigo al arbitrio del podestá. El Comun que acogia ó no denunciaba á un desertor, era responsable de él, la casa donde era encontrado debía derribarse, y publicarse el nombre de su dueño para perpétuo baldón en todos los concejos públicos y en la misa mayor del primer domingo de cada mes. De estas poderosas penas morales disponian los Comunes en la edad média.

No eran menores las multas que se imponian al notario que cometia algun fraude en la inscripcion de los soldados, al ciudadano que tomaba un nombre supuesto ó respondia por otro, y al soldado que vendia, prestaba ú ocultaba el caballo de la requisa que se le habia impuesto.

El que militaba á caballo debía llevar la silla, la cubierta, la loriga, la armadura de las piernas, el casco de acero, la lanza y el escudo: el soldado de infantería iba armado de coraza con brazaes, celada ó bacinete con gorjal, lanza y escudo. Por cada pieza que les faltase sufrían una multa, y lo mismo los arqueros y ballesteros. Los que tenían orden de tomar la ballesta tenían que ir de ballesteros ó pagar treinta sueldos si eran ciudadanos, y quince si eran del campo. Del mismo modo podían eximirse de la obligacion del arco, satisfaciendo quince sueldos. Pero no por esto quedaban libres, pues si su edad ó alguna otra causa extraordinaria no los eximia, tenían que formar todos entre los peones. Sin embargo, fueron declarados libres todos los comerciantes de la ciudad y del campo inscritos en el libro de su profesion, para que tuviesen bien provisto el mercado del campo; y con este objeto se registraron sus nombres en las compañías.

Los pueblos suministraron en abundancia gastadores y hacheros, á quienes se pagaba doce dineros por dia; los hombres restantes (excepto algunos caballos exigidos en los principales pueblos) recibieron orden unos de quedarse de guardia, otros de ir á formar parte del ejército ó del mercado, ó á recoger ó gobernar los paveses. Al mismo tiempo se mandó á todas las feligresías que formasen un pabellón y una bandera y eligiesen su capitán.

Estas eran ochenta y seis, que se hallaban ordenadas hacia dos lustros en compañías, de tal modo que á una señal pudiesen socorrerse unas á otras y todas juntas defender la ciudad. Las compañías que habia dentro de la ciudad eran veinte con gonfalones y jefes propios: sus



armas eran la escala, las garitas, el látigo, el dragon verde, el carro, el leon rampante, la víbora, el águila, el caballo, el leon natural, el leon rojo, el leon blanco, el leon de oro, el dragon verde en campo de oro, el leon azul, las llaves, las ruedas blancas y rojas, la marta y el basilisco (1). La enseña del mercado era listada, la de los bagajes blanca y en el fondo tenia un mulo negro; la de los gastadores blanca con los zapadores en fila en actitud de maniobrar. Los azadoneros y paleros llevaban pintados azadones y palas, y del mismo modo los escuderos y ballesteros tenian sus armas pintadas en diversos campos (2).

Formado de esta manera el ejército, fueron encargados de la guardia del gran carro ocho caballeros y treinta infantes de cada compañía, unos y otros á las órdenes de un gonfalonero y constrictores. Se eligieron además los cuatro conductores que habian de llevar la cuerda y se dió á los *supérstites*, designados para custodiarle, la facultad de proveerse de un notario, de ocho nuncios, de ocho maestros, de cuatro pares de bueyes donde los encontrasen mas hermosos, de una tienda, pabellones y bestias á propósito para trasportarlos. En el fervor del amor patrio era desconocido el pensamiento de una derrota, y en aquellos registros en que se escribían los sucesos de hora en hora, nunca se hacía mención del gran carro ni del ejército, sin que por su excesivo afecto añadiesen el título de *vencedor* y *poderoso*. Las cartas se escribían. « En el nombre de Dios y de la gloriosa » Virgen, de San Juan Bautista, patrono y defensor del Comun de Florencia y de todos los » santos y santas de Dios : y eran expedidas » por el podestá y por los capitanes del fuerte y » poderoso ejército que el Comun de Florencia » ha formado contra los enemigos para su » gloria, y para honor y gloria de dicho » podestá y Comun. » ¡Tan viva era la fe que abrigaban de vencer!

Un tal Oddo Frangipane de Altomena del pueblo de San Leon de Florencia obtuvo en premio de su actividad y valor en pro del Comun el cargo de custodiar y tocar la campana durante la batalla. Se eligieron algunos hombres para que sirviesen de guías; nombraron seis mariscales, uno por compañía, para que herrasen los caballos, y enviaron á Valdelsa á un ciudadano para que observase al enemigo y diese parte de sus movimientos por medio de señales de fuego convenidas. Una hoguera indicaba que todo el ejército estaba junto al rio; dos hogueras encendidas y apagadas dos veces denotaban que el enemigo le habia pasado, pero que su fuerza no llegaba á doscientos hombres; tres hogueras encendidas y apagadas tres veces señalaban la llegada de todo el campo; pero entonces se debían enviar propios á caballo que diesen noti-

(1) MALESPINI, *Cron.*, c. 137  
(2) *Id.*, c. 133.

cias seguras. Por el día se servían del humo de un modo análogo.

Respecto de los víveres, se señaló á cada feligresía el número de medidas de grano que debía pagar, se exigió á los párrocos promesa de que las darían, y se anticipó dinero á los conductores encargados de su transporte. Además se escribieron cartas de aviso á los podestás de las tierras por donde habia de pasar el ejército. « Sabed (escribia el podestá de Florencia á los » de Colle, Poggibonzi y San Donato de Poggio) que se aproxima nuestro glorioso ejército » y conviene que no falten víveres para tanta » gente. Y por el tenor de las presentes os encargamos que solicite y cuidadosamente » téis de proporcionar el mayor número posible » de calderas, harina y provisiones de toda especie para la defensa de vuestro país y perjuicio de los Seneses y otros enemigos del » Comun de Florencia. »

Concluidas estas disposiciones, hacia fines de abril de 1260 los señores del país que eran amigos y los caballeros ciudadanos, sacaron el gran carro con mucha pompa fuera de la obra de San Juan, y habiéndole conducido á la plaza del Mercado Nuevo, le colocaron sobre cierta piedra tallada en forma circular. Entonces se encargaron de él los *supérstites* y la caballería é infantería designada para custodiarle. Estaba aquella gran máquina sobre cuatro ruedas, todas pintadas de encarnado, como tambien estaban de encarnado las dos grandes antenas de donde pendía el ancho estandarte del Comun, que era blanco y encarnado por mitad. Luego fueron uncidos al gran carro los dos grandes bueyes que con este objeto se criaban en el hospital de Pinti; y el que los guiaba estaba libre de toda clase de impuestos. Detras del gran carro iba en otro la campana que habia sido bajada del arco de la puerta de Santa María.

Toda Florencia estaba en movimiento, todos los militares sobre las armas, y por todas partes brillaban las armaduras, se agitaban los penachos, se gritaba, se tocaban las campanas á fiesta, y habia un inexplicable estrépito de trompetas y timbales. Cuando llegó la procesion fuera de las murallas al lugar donde se habian reunido y donde se habian colocado las banderas y gonfalones, se detuvo y cesó el estrépito. Quedaron en Florencia tres compañías de ballesteros é igual número de arqueros y zapadores, y las mujeres, los niños y los ancianos atendían á todos los rumores, todos los movimientos, todas las señales, y veían con el ansia de la esperanza y del temor la marcha de sus queridas familias.

Fueron dispensados de ir al ejército el guarda de los leones, tantos molineros como molinos habia en el Arno, un ciudadano á causa de sus achaques y vejez, un tal Busso con toda su familia para que se quedase defendiendo su propia casa de campo que era muy á propósito para servir de asilo, y un sastre solo por algunos dias, hasta que concluyese las cubiertas de

los caballos. Un guarnicionero pidió despues licencia para volver á la ciudad, á fin de recoger pelote para el servicio del campo.

Á la tercera parada llegaron á la hacienda de Urmiano en el territorio de Siena, guiados continuamente en el camino por el sonido de la campana. Allí determinaron renovar y completar las leyes y ordenanzas relativas á la milicia, decretadas dos meses ántes en la reunion general, celebrada en la iglesia de Santa Reparata, y eran las siguientes :

« Que el pabellon del Comun preceda á los demas en la marcha y se despliegue ántes que los otros. El que falte á esta disposicion, sufrirá una crecida multa y le será quemada su tienda ó pabellon.

« Que ningun gonfalonero éntre en el campo ántes que la bandera del cuerpo á que pertenece, y que ninguna persona particular lo haga ántes que su gonfalon.

« Que las tiendas y pabellones de cada cuerpo se coloquen todas reunidas; pero de tal modo que puedan pasar por medio de ellas con comodidad los hombres y las bestias.

« Que detras de los ballesteros vayan las acémilas de los paveses, luego las de las ballestas y tornos, y últimamente las de las saetas y tiendas del Comun. Á cada cambio de campo los gonfaloneros de los escuderos deben marchar detras de los paveses para cuidar de que no se pierdan, y lo mismo los gonfaloneros de los ballesteros y de los arqueros.

« El resto de los bagajes debe tomar un camino distinto del del ejército; pero teniendo presente que para cada acémila no ha de ir mas que un hombre sin armas. El que las lleve consigo ó sobre la caballería, perderá todo lo que tenga y será castigado segun con venga.

« Todos indistintamente, pertenezcan á la caballería ó á la infantería, sean escuderos ó arqueros, ballesteros, zapadores, gastadores, piqueros ó hacheros, deben seguir su bandera y á sus jefes: no se apartarán sin licencia ni ántes que se dispongan los alojamientos: los arqueros y los ballesteros irán siempre con las armas preparadas.

« Á los que se salieren del campo para promover ruidos, alborotos ú otra cosa parecida, les serán quemadas las armas, y en el caso de que fueren de caballería, tambien el caballo, sin perjuicio de las demas penas que el podestá determine.

« Las palabras injuriosas y los daños que se causen, serán castigados en los bienes y en las personas al arbitrio del podestá. »

Estas disposiciones fueron promulgadas en público congreso, celebrado bajo el pabellon del Comun por el podestá en union de algunos ancianos y de doce capitanes del ejército.

Al día siguiente ántes de levantar las tiendas de la cuarta parada en la hacienda de Vernago, dispusieron como para la batalla el orden de marcha, mandando : « Que formasen la van-

guardia los arqueros y ballesteros de la ciudad y del campo; que fuese detras de ellos en una fila la caballería de tres compañías de la ciudad; que despues marchase el pueblo de las mismas compañías en un solo cuerpo; luego su caballería; despues el pueblo de las compañías restantes; en seguida su caballería, y por último, que la infantería de los aliados formase la retaguardia. »

Ordenados de este modo emprendieron la marcha, y despues de haber tomado en el camino los castillos de Vico, de Mezzana y de Garciole, fijaron el campo enfrente de Siena. Cerca de la puerta de Santa Petronila habia una colina, y en ella edificaron una torre que dominaba los arrabales y la ciudad, y en la torre colocaron la campana para que tocase cuando el campo se viese amenazado. Los agresores tenian intencion de terminar la contienda con un gran hecho de armas, y los Gibelinos desenterrados mandados por Farinata degli Uberti pensaban obrar de manera que se viese obligado el rey Manfredo á darles mayores socorros.

El rey habia enviado en su auxilio un cuerpo de Alemanes que, aunque pequeño, habia llevado por consejo de Farinata la bandera real. Entonces los expatriados dieron un festin á aquellos buenos ultramontanos, en que les hartaron de vino y comida, y en tal estado los enviaron en tropel contra el enemigo. Ni uno solo quedó vivo, y su bandera despues de haber sido arrastrada por todo el campo y luego por las calles de Florencia, fué colocada del reves en las paredes de Santa Reparata.

Ningun otro hecho tuvo efecto bajo los muros de Siena. Así, pues, satisfechos los Florentinos con aquella fácil victoria, volvieron á colocar al cabo de algunos dias la campana en el carro, llenaron de tierra la torre, plantaron en ella un olivo, y despues de haber tapiado la puerta, se volvieron alegremente por el camino por donde habian ido. Al cabo de un siglo verdeaban todavia en aquella torre las hojas del odioso árbol.

Pero precisamente desde el día de aquel estéril triunfo principió la venganza contra Florencia. Habiendo tomado los Sieneses 20,000 florines de oro de no sé qué compañía de comerciantes, enviaron dinero y embajadores al rey Manfredo, y con ellos un caballero, que estando prisionero entre los enemigos, habia visto destrozado su bandera. Indignado el rey con aquel suceso, concedió á los Gibelinos ochocientos Alemanes de á caballo pagados por tres meses, y apenas hubieron entrado estos en Siena, cuando el Comun envió al ejército á Montalcino, tierra protegida por los Florentinos, y pidió socorros á Pisa y á toda la Liga gibelina.

Pero temiendo que llegase á su término la paga de los Alemanes ántes que fuese ocupado el país y vencidos los Gúelfos, comisionaron á dicho Farinata y á Gerardo de Lamberti para que viesen el medio de empeñarles en una batalla. Estos enviaron á Florencia dos frailes



menores que tan pronto como llegaron, pidieron é impetraron tratar con dos ancianos solos de un asunto muy importante. Entónces manifestaron unos sellos secretos, cartas y credenciales, y refirieron bajo juramento: « Que en Siena existía una profunda division; que parte de los grandes estaban disgustados de la altanería gibelina; que el pueblo favorecía á estos grandes, aunque ocultamente; que ninguno se descubría porque no tenían jefe ni se ofrecía ocasion; pero que en medio de tanta indecision, con poco dinero bastaria para conmovier el Estado; y en una palabra, que si Florencia daba 10,000 florines, quedaria entregada á sus escuadras la puerta de San Vito. »

Esta proposicion agradó extraordinariamente á los hombres á quienes cegaba la avaricia, por lo que es imposible decir con cuánta ansia buscan el dinero, lo ponen en depósito y convocan inmediatamente una asamblea general en que proponen reunir de nuevo el ejército para socorrer á Montalcino. ¡De tal pretexto se valieron para envolver un oculto designio! En la asamblea los dictámenes de los mas prudentes quedaron, como suele suceder, desechados por la audacia popular; al señor Tegghiajo le prohibieron hablar con crueles burlas; á Cecce Gherardini, que se habia levantado para pronunciar un discurso, le intimaron los ancianos que callase. Se impuso la multa de 100 francos al que hablase en contra de la orden de los ancianos; pero él los pagó y siguió hablando. Doblóse la multa, y él pagó de nuevo y continuó: y ya se habia triplicado la multa, y siguió hablando para salvar á su ciega patria, cuando se le mandó callar pena de la vida. Tal es el pueblo á veces, que no solo no conoce ni sigue lo que le conviene, sino que quiere tambien cerrarse por sí mismo el medio de conocerlo y seguirlo.

Por tanto se resolvió formar de nuevo el ejército á fines de agosto. Á él concurrieron además de todos los hombres de Florencia y sus dominios (pues no hubo casa que no enviase á lo ménos dos ó tres), las Ligas güelfas de Luca, de Bolonia, de Prato, de Perusa, de Orvieto, de Pistoya y de otras tierras de Toscana. Componian entre todos treinta mil infantes y tres mil caballos. Pero entretanto otros frailes que llegaron de Siena á Florencia concertaron el medio de desordenarle con algunos Gibelinos ocultos.

Cuando llegaron al territorio de Siena, los Florentinos, engañados con la vana esperanza de hacerse dueños de la ciudad por medio de un tratado, se detuvieron sobre el Arbia en los vallados de Monteperti (1º de setiembre de 1260). Esperaban que de un momento á otro serian introducidos en la ciudad, cuando vieron abrirse de repente la puerta de San Vito y salir por ella todo el pueblo de Siena gritando guerra, guerra, y precedido de los Alemanes animados con la promesa de que recibirian doble paga. Aumentaron la confusion entre los Güelfos al-

gunos traidores que á los primeros movimientos de las filas huyeron hácia la parte de los Sieneses. Sin embargo, los mas valientes recobraron la serenidad, de modo que reorganizada en breve la gente, hubiera hecho buena resistencia, si en el momento en que los Florentinos eran acometidos por los Alemanes, el infame Bocca degli Abbati no hubiese cortado la mano del que llevaba la bandera del Comun y hubiese caido esta á tierra. En aquellos tiempos en que no habia grados ni disciplina, la suerte de un cuerpo dependia de su bandera: y al caer aquella, decayeron las voluntades, y ya no hubo en el campo de los Florentinos mas que la fuga y el estrago. Degollaron los Sieneses á los que no podian huir; los que se refugiaron en Monteparti quedaron prisioneros ó muertos. Florencia, llena de dolor y espanto fué abandonada por los Güelfos á los vencedores, y Farinata, autor de la victoria, poco despues tuvo que impedir con la fuerza en el congreso de Empoli que la destruyesen y la redujesen á la condicion de arrabales (1).

### § 38. LOS MERCENARIOS.

Entretanto volvian á reunirse los feudos y quella separacion política á juntarse y formar cuerpos mayores, como ducados, principados, repúblicas y reinos. Entónces cesaron las guerras privadas y principiaron las de Estado á Estado, siendo mayores y mas regulares. Y como los hombres volvian á dedicarse á las artes de la paz, se introdujo la costumbre de tomar á sueldo personas que desde jóvenes se entregaban al ejercicio de las armas. De este modo principiaron las tropas mercenarias.

Encontramos la existencia de estas hasta bajo el dominio feudal (2), cuando con motivo de las guerras de la Baja Italia fueron llamados como aliados los Francos, los Alemanes, y hasta los Sarracenos. Los Normandos que sirvieron al reino de Nápoles pueden considerarse como verdaderos mercenarios, pues intervinieron por dinero en las contiendas de aquel país, del cual se hicieron dueños posteriormente sirviéndose de su espada, á la manera que los capitanes del siglo XV. Sucedia con frecuencia que los Alemanes que iban con los emperadores á la coronacion, cuando concluía el tiempo de su empeño con estos, se ponian al servicio del papa ó de cualquier duque ó república que queria dominar á las demas; contra ellas tomó una vez Federico Barbaroja soldados, que fueron famosos por no tener compasion.

(1) MALESPINI, *Cron.* c. 71; G. VILLANI, VI, 80; MARCIOME DA COPPO, II, 123; BINDACCIO D'ERCHI, *Batalla de Monteperti*; todos segun RICOTTI, *Comp. di ventura*, P. I, cap. 4.

(2) Ó por mejor decir mucho ántes. Polibio, II, 22, dice: « Cuando los Galos se fijaron en Italia, estaban siempre dispuestos á tomar las armas y á seguir al que los invitaba, especialmente una clase de ellos llamados Gesates, es decir, estipendiarios, los cuales tenían por oficio ponerse á sueldo de cualquiera y echarla de señores y de valientes. »

Algunas repúblicas eran enteramente mercantiles, hasta el punto de excluir á los nobles de los empleos y honores, si no estaban inscritos en la matrícula de algun arte; tal era Florencia. En otras prevalecía la nobleza; pero tenían un gobierno tan celoso, que les prohibía el uso de armas como Venecia. Estas tenían que servirse naturalmente de gente comprada, y de aquí nació un nuevo oficio, el del soldado mercenario. Los que sobresalian en valor y audacia, y algunos de aquellos nobles á quienes la libertad de los Comunes habia confinado en sus propios castillos, reunian un puñado de hombres, armándoles y alimentándoles á su costa, y despues de ejercitados los llevaban al servicio del que queria pagarlos.

El que se veía atacado de improviso, recurría á ellos, y la sangre que se sacaba á los pueblos, se prodigaba en pagar sus sueldos y en los donativos necesarios para despedirlos. Servian sin cariño ni agradecimiento y estaban dispuestos á abandonar el partido que defendian tan pronto como el enemigo los pagase mejor. Concluido su compromiso, iban á servir á otro, acaso al mismo contra quien habian combatido. Y aun en tiempo de paz no dejaban de tener ventajas, pues además del anticipo que exigian al nuevo señor, y los regalos con que el antiguo conseguía que le abandonase, ponian en contribucion á los pueblos por donde pasaba.

Despues que las repúblicas cayeron bajo el dominio de tiranuelos y que por una parte fueron desarmados los ciudadanos por los recelos de aquellos y por otra vieron con gusto que podian dejar las armas puestas al servicio del dominador y no al de los intereses patrios, creció la necesidad de los mercenarios, y llegó á ser importante la condicion de sus jefes. Ya hemos referido su historia en otro lugar (Narracion, lib. XIII, cap. 17) y hemos visto á muchos de ellos subir hasta á los mejores tronos de Italia.

De este modo se perpetuaba la guerra en la paz; la suspension de las hostilidades no aliviaba los males de los pueblos, y los desórdenes que nacia en el seno de la paz eran aun mas insoportables que los producidos por la guerra. Aquel valor brutal, extraño á todo noble sentimiento de patria y de libertad, habia debilitado el aprecio que se debe al verdadero valor que procede de la conciencia de una causa justa. Los hombres de corazon se indignaban al ver á la milicia extranjera preferida á la nacional. Castruccio, dice Tigrino, consideraba mas útil instruir á los suyos en el arte de la guerra que tomar extranjeros á sueldo; así era que daba premios á los arqueros y hacia que á su vista atacasen castillos fingidos.

El germen de los ejércitos permanentes y del progreso del arte (dice Blanc) está en el establecimiento de tales tropas, pues no les faltaba otra cosa mas que hacerse nacionales para que se verificase la trasformacion. Estas compañías estaban compuestas de hombres que

espontáneamente se dedicaban á aquel oficio, cuya aficion supone las cualidades que nunca van separadas. La falta de amor patrio y de sentimientos generosos los trasformó en mercenarios inferiores á los de la antigüedad por su valor y disciplina. En las armas y en los órdenes no hallamos progresos positivos; pues la caballería forma siempre la fuerza de los ejércitos, y esta, cargada de armas defensivas, redujo la guerra á una parodia que causó desden á los historiadores. En Italia la índole de sus habitantes y su estado de civilizacion hicieron ver que la guerra hubiera hecho rápidos progresos, si la poca sangre derramada y la venalidad de las tropas no hubiesen desprovisto á las batallas de grandes efectos políticos; pero Augusto y la escuela italiana de Esforza, Braccio, Piccinino, del Verme, Carmagnola y Gattamelata, los cuales se muestran estratégicos en sus movimientos, nos hacen mirar aquellas guerras como campos de instruccion. Habia grandes capitanes, pero no podian hacerse célebres porque estaban corrompidos por su oficio, por las costumbres consiguientes á él y por las tropas que mandaban; es notable sin embargo la guerra de Gattamelata y Piccinino á orillas del lago Garda entre los Visconti y Venecia, la cual hubiera sido mas célebre si hubiese terminado con batallas parecidas á las de Montechiaro y Castiglione.

El hombre de armas tenia generalmente á sus órdenes tres arqueros, un cuchillero ó escudero y un criado, y todos juntos se contaban por una lanza completa. El cuchillero tomaba este nombre de un cuchillo que llevaba al lado, y ordinariamente iba á pié y conducía al caballo del bagaje. El criado cuidaba de la armadura del caballero, le presentaba el caballo de batalla y guardaba á los prisioneros. Los arqueros eran aprendices que con el tiempo habian de llegar á ser hombres de armas.

En tiempo de Luis XII, una lanza constaba de siete hombres y de ocho en el de Francisco I. Las de los Italianos eran menores.

La caballería alemana, que llamaban raitros, era de poca importancia porque estaba mal armada en comparacion con la de las demas naciones; y la casa de Austria no pudo confiar en ella hasta que heredó la Borgoña. En cambio los Españoles eran reputados por excelentes soldados y tenían muy buenas armas y una especie de javalina larga herrada por las dos puntas, que en lugar de tenerse fija como las lanzas se arrojaba. Su caballería ligera combatía con valor; pero sin orden é individualmente como los Arabes.

No insistimos mas acerca de las armas de la edad média, pues poco ó nada hay que aprender en ellas en lo relativo al arte. Conviene por el contrario estudiarlas en lo que tienen relacion con las instituciones, porque representan con exactitud el estado de la sociedad de entónces; nada tienen que ver con nuestro objeto presente, pero de ellas ha hecho un estudio especial